

JACQUES BOUVERESSE, *La demande philosophique. Que veut la philosophie et que peut-on vouloir d'elle?*, Paris : Éditions de l'Éclat, 2015, 217 pp. ISBN: 978-2-84162-362-4.

#### VERSIÓN ESPAÑOLA

Entre 1995 y 2010 Jacques Bouveresse ocupó en el Collège de Francia la cátedra de filosofía del lenguaje y el conocimiento. La lección inaugural que el filósofo pronunció con motivo de su ingreso en la institución fue publicada al año siguiente bajo el título *La demande philosophique. Que veut la philosophie et que peut-on vouloir d'elle ?* No fue la lección tal y como esta fue pronunciada sino una versión previa, mucho más amplia, de la que el autor había extraído el discurso definitivo. El texto finalmente impreso, mucho más extenso y más elaborado que una conferencia inaugural, siguió sin embargo manteniendo las limitaciones del contexto que lo había originado. Veinte años después ediciones L'Éclat recupera esta pequeña obra y la vuelve a poner a nuestra disposición.

En nuestro idioma el profesor francés es más conocido, o al menos ha sido más traducido, por sus escritos polémicos. Gran conocedor de la filosofía del Círculo de Viena y de la obra de Wittgenstein, su trabajo quizás más célebre sea en cambio *El filósofo entre los autófalos* de 1984, un texto extremadamente crítico con el estilo de la filosofía — especialmente de la francesa — de aquellos años. Aunque por lo general al tomar posición las influencias del autor quedan muy claras, es posible que los lectores de *La demande philosophique* se sorprendan al conocer la naturaleza de la investigación que Jacques Bouveresse iba a continuar en el Collège de Francia. Y es que, a pesar de que la prestigiosa institución nos haga rápidamente pensar en nombres como los de Michel Foucault, Roland Barthes o Pierre Boulez, no siempre se cumple la afirmación de Pierre Bourdieu — quien fue, por cierto, el promotor de la candidatura de Bouveresse —, pues la sacralización de los herejes está lejos de ser su tarea principal. Al menos en lo que incumbe a la filosofía, el Collège de Francia perpetúa desde hace décadas una ortodoxa tradición. A la teoría del conocimiento se han dedicado, de un modo u otro, sus últimos profesores de filosofía, Jules Vuillemin y Gilles-Gaston Granger, ambos profesores hasta 1990, el propio Bouveresse después, y Claudine Tiercelin en la actualidad. Para el lector hispanohablante, el libro de Bouveresse puede ser, en primer lugar, un testimonio de la forma de hacer filosofía en el Collège de Francia, que le parecerá entonces muy lejana de las que pudieron haber estado en boga en la vida intelectual francesa de las últimas décadas. Una gran parte de este libro está, en efecto, dedicada a fijar los referentes del autor, su canon filosófico, si así se lo puede llamar, y a

distanciarse de toda una serie de autores, sin duda más populares, cuyo proyecto filosófico es rechazado de plano. Ahora bien, Bouveresse no pretende establecer sin más dos grupos de intelectuales opuestos entre sí, los pensadores rigurosos contra los malvados charlatanes, lo que poco o ningún interés tendría, sino que estos aparecen cuando se plantea ciertos problemas filosóficos. Y aunque el resultado de dicha partición sea más o menos previsible — que nadie espere que Deleuze, Rorty, Badiou y los demás autófalos del 84 salgan muy bien parados — y los problemas en cuestión bastante clásicos — la verdad, el realismo, el naturalismo *vs* el trascendentalismo, por ejemplo — las decisiones que Bouveresse toma al respecto a lo largo del proceso tienen un nuevo interés.

El libro se estructura en once párrafos de diversa longitud. Carece de índice. El prólogo escrito en 1996 explica que el estilo de la lección se conserva a pesar de que el texto sea el de las notas preliminares. Un estilo que es quizás, en palabras del autor, el de la filosofía misma: una sucesión de ataques desconsiderados y penosas retiradas en el mayor de los desórdenes. Una tras otra, las reflexiones de Bouveresse se anuncian, se las espera, pero no siguen un orden preciso. Son los temas que le interesan, los que le hubiese gustado abordar en la lección inaugural. Bouveresse escribe unas veces sobre las ideas que le parecen irrenunciables, otras sobre los autores que le han influido y sobre la investigación que debería continuar. Aunque la elaboración de los apuntes es mínima, las notas al pie de página son un añadido de la edición en papel, y en ocasiones nos informan de cómo fue recibida la conferencia en el 95.

La respuesta de Bouveresse a la pregunta “¿Qué se puede esperar de la filosofía?” es a la vez humilde, pues renuncia a toda concepción heroica de la disciplina y de su historia, y exigente, pues el modesto trabajo que le atribuye requiere sin embargo esfuerzo y exactitud.

Uno de los problemas principales que se le plantean a la filosofía contemporánea, escribe Bouveresse, es que se continúe esperando de ella que contribuya a satisfacer nuestra nostalgia de creencias. El mundo contemporáneo no deja de exigirle preceptos tan autorizados como lo eran los de la religión, quizás un poco más razonables, en un momento en el que las razones filosóficas para no proporcionarlos se han vuelto suficientemente fuertes. En un primer momento las críticas del autor se dirigen por eso contra los medios de comunicación y la industria editorial. La relación entre filósofos y periodistas es descrita admirablemente en estas primeras páginas. Para el autor, la televisión y los periódicos reclaman continuamente a los filósofos concepciones del mundo que utilizar y desechar. Sin embargo, explica siguiendo a Robert Musil, el trabajo de los pensadores profesionales es demasiado serio para ellos. El rechazo sistemático hacia los especialistas por parte de los medios se explica, según los periodistas, por su falta de atención hacia el gran

público. A diferencia de los grandes pensadores de antaño, los filósofos profesionales de hoy no se preocupan de los temas que la sociedad exige y si lo hacen no es nunca con la frecuencia necesaria. Pero en realidad, sostiene Bouveresse, lo que ocurre es que los medios de comunicación buscan cosas esencialmente distintas de las que cualquier pensador mínimamente responsable buscaría (la renovación constante, el número de ejemplares vendidos, etc.), de modo que se desencadena una relación conflictiva que se interpreta erróneamente como la expresión de una actitud elitista o despectiva hacia el gran público. Este enfrentamiento no afecta sin embargo a la salud de la filosofía real, pues si es buena o mala, lo determinarán otros criterios. Dicho de otro modo, la filosofía puede desarrollarse como es debido aunque el gran público, los periódicos y la televisión no la comprendan. Así justifica Bouveresse la aridez y la abstracción de la filosofía rigurosa que él quiere practicar. A quienes lamentan que los filósofos universitarios lleven a cabo análisis demasiado precisos o demasiado técnicos, a los que se quejan de que no ofrezcan respuestas a los problemas de la sociedad sino argumentos incomprensibles, el filósofo francés responde, recordando a Peirce, que ciertas ciencias no gozan de buena salud si no son áridas, abstrusas y difíciles. No hay, explica, por qué excusarse ante el gran público más de lo que lo haría un matemático o un físico.

La filosofía reclama un lector riguroso. Si no se comprenden las palabras de un científico, se admitirá, escribe Bouveresse, que es porque se carece de los conocimientos técnicos necesarios. Y lo mismo, añade, debería pasar con la filosofía. Si destacamos estas palabras que nos parecen extremadamente acertadas es porque Bouveresse no siempre parece él mismo un buen lector. Tómense los dos ejemplos siguientes. Bouveresse rechaza las definiciones que habitualmente se dan de la filosofía por ser excesivamente pretenciosas y toma como paradigma la de Deleuze y Guattari en *¿Qué es la filosofía?* — la filosofía, a diferencia de la publicidad y la ciencia, crea conceptos. Bouveresse procede prudentemente y declara no entender: no entiende qué interés tiene adoptar un concepto de concepto del que se siga, en contra del sentido común, en contra de lo que se podría pensar, que la ciencia no produce conceptos. Bouveresse no comprende qué entienden estos autores por *análisis lógico* ni cómo pueden afirmar que la lógica confunde conceptos y proposiciones. Evidentemente esto se puede interpretar literalmente y podemos pensar que Bouveresse no entiende lo que dicen Deleuze y Guattari del mismo modo que, por ejemplo, un adolescente afirmaría no entender la Teoría de cuerdas. Si así fuera, bastaría con recomendarle adquirir los conocimientos técnicos necesarios para seguir a dichos autores. Y uno podría entonces preguntarse por qué un profesor del Collège de Francia que no comprende a sus contemporáneos se empeña en hablar de ellos. Si ocurriera de otro modo,

que es lo más probable, las preguntas se convertirían en acusaciones de errores — Bouveresse estaría sosteniendo que la ciencia sí produce conceptos, que no han comprendido qué es el análisis lógico, que los lógicos no confunden el concepto (atención: el concepto tal como lo comprenden Deleuze y Guattari para la filosofía — pues sostienen que la lógica ve en el concepto de la filosofía algo carente de sentido) y la proposición. Estas acusaciones deberían estar justificados y no lo están. Un reproche dirigido a Alain Badiou nos parece aún más errado, pero es útil volver a él porque anuncia uno de los temas centrales de la obra, a saber, la noción de verdad que cabe exigir a la filosofía. Escribe Bouveresse: “¿Quién puede mencionar, se pregunta Badiou, un solo enunciado filosófico del que tenga sentido decir que es verdadero?’ Pero aquel que haya leído a Frege dirá que, si  $p$  es una proposición de forma asertórica y si tiene sentido decir que  $p$ , indudablemente tiene también sentido decir que *es verdad que  $p$  o que  $p$  es verdadera.*” (p.137) Prudentemente de nuevo, Bouveresse sugiere aquí que Badiou no ha leído a Frege, porque... ¿cómo podría de otro modo ignorar que cualquier afirmación con sentido puede ser verdadera o falsa? La filosofía, nos decía, reclama un lector riguroso. Se puede estar en contra de lo que piensa Badiou, pero haber comprendido bien lo que ha dicho nos parece una condición indispensable de cualquier crítica. Basta leer un par más de páginas del *Manifiesto por la filosofía* para descubrir que Badiou atribuye a la filosofía la tarea de proponer un espacio en el que puedan *unificarse o encontrar su lugar*, entre otras, las proposiciones asertóricas verdaderas de la ciencia. Por eso habla de *procedimientos* — más *realizativos* que *asertóricos* — que “no establece[n] ninguna verdad, pero dispone[n] un lugar de las verdades”<sup>583</sup>. Todos los enunciados filosóficos deberían tener sentido, pero no basta con haber leído *Sobre sentido y referencia* para establecer que por eso tendrían que ser verdaderos o falsos. Lo que Badiou recuerda — algo que por lo demás Frege a su manera tampoco ignoraba — es que no todos los enunciados, y especialmente los de la filosofía, tienen que ser proposiciones asertivas.

Para Jacques Bouveresse la verdad de los enunciados filosóficos es del mismo tipo que la de cualquier afirmación. Habría que tomarse en serio, escribe, el que los filósofos hayan pretendido constantemente enunciar verdades en el sentido usual del término y el que hayan intentado no menos constantemente refutarse los unos a los otros. Si esto no se hace, si se prefieren sistemas estructurales o empresas como la de Deleuze, no se hará justicia al “aspecto proposicional y asertórico (el que corresponde a la formulación y adopción de creencias que se suponen verdaderas) que parece deber comportar también necesariamente cualquier filosofía digna de su nombre” (p.134). Los filósofos han planteado siempre sus teorías

---

583. Cf. A. BADIOU, *Manifiesto por la filosofía*, trad. de V. Alcantud, Nueva Visión, Buenos Aires, 1990, p.17.

como si pudieran ser verdaderas o falsas. Nosotros podemos empeñarnos en que en realidad no tienen la forma y el significado que sus autores le han puesto —y arriesgarnos a que no tengan entonces ningún significado— o aceptar cómo se presentan y seguir preguntándonos si son verdaderas o falsas. Bouveresse no tiene dudas y aboga por la segunda opción. Si se renuncia totalmente a utilizar la noción de verdad en filosofía parece difícil conservar no solo la noción de conocimiento sino también la de creencia. Pues, nos dice, lo menos que se le puede pedir a un filósofo es que crea en lo que afirma. Y puesto que *creer que p* significa *aceptar como verdadera la proposición*, es preciso por tanto admitir que si los filósofos creen en sus proposiciones, entonces estas pueden ser verdaderas o falsas como cualesquiera otras. Una tesis fuerte sobre la verdad de la filosofía acompaña frecuentemente a una posición realista. Y así ocurre con Bouveresse. Si el mayor problema hoy, como afirma el filósofo francés, es saber si Kant o Darwin — donde Kant significa para Bouveresse un mundo que depende de nuestra manera de conocer y Darwin una manera de conocer que depende del mundo — entonces la respuesta es *Ni Kant, ni Darwin*, porque de lo que se trata es de hablar de un mundo independiente de nuestra mente y de hacerlo sin reducir la verdad de los enunciados a simple utilidad adaptativa:

Ni Kant si se piensa que el autor de la Crítica de la razón pura no consiguió resolver su problema más que aceptado la sospechosa idea e incluso difícilmente comprensible, al menos para mí, de una dependencia fundamental de la realidad (con tal de que al menos se pueda hablar de ella como susceptible de ser conocida) y la mente, ni Darwin, si se piensa que podría obligarnos a remplazar esta idea por la de una dependencia de la realidad con respecto a las necesidades e intereses de la especie particular que somos (p. 186).

329

El pragmatismo que implicaría el darwinismo es rechazado firmemente. Bouveresse impugna la socialización de la verdad, el pragmatismo concebido a la manera de Richard Rorty, la idea de que la verdad no es más que la expresión de los intereses prácticos de una determinada comunidad. Impugna en realidad cualquier atenuación del concepto estricto y riguroso de verdad. Un concepto que algunos pragmatistas, como Peirce, han podido defender. Bouveresse prefiere las declaraciones de este último — “la ciencia pura no tiene estrictamente nada que ver con la acción” —, quien pensaba que la búsqueda de la verdad por la verdad es la motivación principal del científico y del filósofo, ajena a la defensa de los intereses de la sociedad o del fomento de una forma mejorada de coexistencia.

El libro termina con el anuncio del curso y el seminario que, como profesor del Collège, Bouveresse debía impartir y dirigir aquel año. *Sentido y sin-sentido* fue el título del primero y estuvo dedicado a la cuestión del



sinsentido: ¿qué es? ¿Cómo es posible? Estudió tanto las teorías al respecto de Frege y Wittgenstein, según las cuales un pensamiento ilógico no es un pensamiento sino un no-pensamiento, un sinsentido, como las importantes consecuencias de dichos planteamientos. El seminario continuó sus investigaciones sobre los problemas de la filosofía de la percepción. Muchos de los autores aquí evocados, Frege, Bolzano, Gödel, Brentano, Leibniz, Boltzmann — a este último dedicaría más tarde tres cursos — serán los futuros pilares de su enseñanza. Durante los siguientes quince años, Bouveresse continuó el camino así abierto, a lo largo del cual muchos de los problemas fundamentales anunciados en *La demande philosophique* (saber qué es un sistema filosófico, la relación entre la filosofía, la matemática y la lógica, la realidad y su percepción...) serían desarrollados.

#### VERSION FRANÇAISE

De 1995 à 2010, Jacques Bouveresse occupa la Chaire de Philosophie du langage et de la connaissance au Collège de France. La leçon inaugurale qu'il prononça lors de son entrée dans l'institution fut publiée un an plus tard et intitulé : *La demande philosophique. Que veut la philosophie et que peut-on vouloir d'elle ?* Il ne s'agissait pas exactement de la leçon telle qu'elle s'était tenue, mais d'une version antérieure, beaucoup plus approfondie, dont l'auteur s'était servi pour préparer son discours magistral. Le texte publié, plus long et élaboré qu'une conférence inaugurale, respectait toutefois les contraintes du texte d'origine. Vingt ans plus tard, les éditions *L'éclat* récupérèrent cette petite œuvre et la mirent de nouveau à notre disposition.

En langue espagnole, le professeur français est plus célèbre, ou du moins plus traduit, pour ses écrits polémiques. Grand connaisseur de la philosophie du Cercle de Vienne et de l'œuvre de Wittgenstein, son travail le plus connu est peut-être *Le philosophe chez les autophages* publié en 1984. C'est un texte extrêmement critique envers le style de la philosophie — notamment française — de l'époque. Bien que les influences de l'auteur soient, en général, manifestes lorsqu'il s'agit de prendre position, il est possible que les lecteurs de *La demande philosophique* s'étonnent en découvrant la nature de la recherche que Jacques Bouveresse pensait mener à bien au Collège de France. S'il est vrai que l'illustre établissement évoque dans notre imaginaire les noms de Michel Foucault, de Roland Barthes, de Pierre Boulez, mais l'affirmation proverbiale de Pierre Bourdieu — d'ailleurs principal promoteur de la candidature de Bouveresse — ne s'accomplit pas toujours. En effet, la sacralisation des hérétiques est loin d'être la fonction principale du Collège. En ce qui concerne la

philosophie du moins, il perpétue depuis des décennies une tradition orthodoxe. Les professeurs de philosophie récents se sont, d'une manière ou d'une autre, consacrés à la théorie de la connaissance : Jules Vuillemin et Gilles-Gaston Granger, tous les deux professeurs jusqu'à 1990, puis Jacques Bouveresse lui-même, et Claudine Tiercelin actuellement. Pour le lecteur hispanophone, le livre de Bouveresse peut servir, dans un premier temps, de témoignage du style et de la technique philosophiques du Collège de France, lesquels lui sembleront bien éloignés de ceux qui étaient alors en vogue dans la vie intellectuelle française depuis des décennies. Une grande partie du livre est, en effet, consacrée à fixer les références de l'auteur, son canon philosophique, si l'on peut dire, à s'éloigner de toute une série d'écrivains, sans doute plus populaires, dont le projet philosophique est refusé d'emblée. Or, Bouveresse ne cherche pas seulement à établir deux groupes d'intellectuels opposés, les penseurs rigoureux contre les mauvais bavards – cela n'aurait aucun intérêt – mais il les fait apparaître en posant certains problèmes philosophiques. Même si le résultat d'un tel partage est assez prévisible – personne n'attend que Deleuze, Rorty, Badiou, et les autres autophages soient bien traités – les décisions de Bouveresse à ce sujet sont intéressantes.

Le livre comprend onze paragraphes de longueur variable. Il n'y a pas de table de matières. La préface écrite en 1996 explique que le style de la leçon a été conservé bien qu'il s'agisse du texte des esquisses préparatoires. Un style qui est peut-être, comme l'auteur le dit, le style propre de la philosophie : une succession d'attaques inconsidérées et téméraires et de retraites piteuses dans le plus grand désordre. Les réflexions de Bouveresse, s'annoncent l'une après l'autre, on les attend, mais elles ne suivent pas un ordre précis. Ce sont les sujets qui l'intéressent, ceux qu'il aurait aimé traiter dans la leçon inaugurale. Il présente les idées qui lui semblent indispensables, cite des auteurs qui ont influencé son œuvre, parle de la recherche qu'il devrait poursuivre. Bien qu'il n'y ait que peu de changements apportés au texte original, les notes de bas de page par exemple, sont un ajout de l'édition papier et nous informent parfois de la réception de la conférence de 1995.

La réponse de Bouveresse à la question « Que peut-on attendre de la philosophie ? » est à la fois humble, puisqu'il renonce à toute conception héroïque de la discipline et de son histoire, et exigeante, puisque le travail modeste qu'il lui attribue requiert pourtant effort et exactitude.

Un des problèmes majeurs qui se posent à la philosophie contemporaine, écrit Bouveresse, est que l'on continue à attendre d'elle qu'elle contribue à satisfaire notre nostalgie des croyances. Le monde contemporain n'a de cesse d'exiger d'elle des préceptes aussi accrédités que l'étaient ceux de la religion, un peu plus rationaux peut-être, à un moment où les raisons philosophiques, de ne pas les apporter, sont devenues

suffisamment fortes. C'est pourquoi, dans un premier temps, les critiques de l'auteur s'adressent aux médias et à l'industrie de l'édition. Le rapport entre philosophes et journalistes est admirablement décrit dans ces premières pages. Pour l'auteur, la télévision et les journaux réclament constamment aux philosophes des conceptions du monde à utiliser puis à jeter. Cependant, explique-t-il à partir de Robert Musil, le travail des penseurs professionnels est trop sérieux pour eux. Le refus systématique des spécialistes par les médias s'explique, d'après les journalistes, par le manque d'attention au grand public. À la différence des grands penseurs d'autrefois, les philosophes professionnels actuels ne s'intéressent pas aux sujets que la société exige ou, du moins, pas suffisamment. En réalité, soutient Bouveresse, il arrive que les médias cherchent quelque chose d'essentiellement différent de ce qu'un penseur un peu responsable chercherait (le renouvellement constant, le nombre d'exemplaires vendus, etc.). Ainsi, un rapport conflictuel est déclenché, erronément interprété comme l'expression d'une attitude élitiste, méprisante envers le public. Cette confrontation ne dit cependant rien de la santé de la philosophie réelle car ce sont d'autres critères qui déterminent si elle est bonne ou mauvaise. Autrement dit, la philosophie peut correctement se développer alors que le grand public, les journaux, la télévision ne la comprennent pas. Bouveresse justifie de cette façon l'aridité et l'abstraction de la philosophie rigoureuse qu'il veut mener à bien. À ceux qui reprochent aux philosophes universitaires de faire des analyses trop précises, trop techniques, à ceux qui regrettent qu'ils n'offrent pas de solutions aux problèmes de la société mais des arguments incompréhensibles, le philosophe français répond, en se souvenant de Peirce, que certaines sciences ne sont en bonne santé que si elles sont abstruses, arides et abstraites. On ne devrait pas, explique-t-il, avoir plus à s'excuser devant le grand public qu'un mathématicien ou un physicien.

332

La philosophie réclame un lecteur rigoureux. Si l'on ne comprend pas ce que dit un mathématicien ou un physicien, on admettra, écrit Bouveresse, que c'est par manque de formation et de connaissances techniques nécessaires. Ce devrait être aussi le cas, ajoute-t-il, lorsqu'il s'agit de philosophie. Si nous soulignons ces mots extrêmement judicieux, c'est parce que Bouveresse lui-même ne semble pas toujours un bon lecteur. Prenons ces deux exemples : Bouveresse refuse les définitions qu'on offre habituellement de la philosophie, parce qu'elles sont excessivement prétentieuses, et prend comme paradigme celle de Deleuze et Guattari dans *Qu'est-ce que la philosophie ?* – la philosophie, à la différence de la publicité et de la science, crée des concepts.

Très prudemment, Bouveresse affirme ne pas comprendre: il ne comprend pas quel est l'intérêt d'adopter un concept de concept duquel découle – contre le bon sens – que la science ne produit pas de concepts.



Bouveresse ne comprend pas ce que ces auteurs entendent par *analyse logique*, non plus leurs raisons d'affirmer que la logique mélange les concepts et les propositions. On peut tout à fait interpréter cela littéralement : Bouveresse ne comprend pas ce que Deleuze et Guattari affirment, de même qu'un adolescent affirmerait ne pas comprendre la Théorie des cordes. Si c'était le cas, il suffirait de lui recommander l'apprentissage des connaissances techniques nécessaires pour bien lire ces auteurs. On pourrait alors se demander pourquoi un professeur du Collège de France qui ne comprend pas ses contemporains s'entête à parler d'eux. Sinon, ce qui est plus probable, les questions deviendraient des accusations — Bouveresse soutiendrait que la science produit bien des concepts, que Deleuze et Guattari n'ont pas compris l'essence de l'analyse logique, que les logiciens ne confondent pas le concept et la proposition (bien entendu, le concept tel qu'il est compris par Deleuze et Guattari à l'égard de la philosophie, car ce qu'ils soutiennent c'est que pour la logique le concept philosophique n'a aucun sens). Il faut justifier ces accusations et Bouveresse ne le fait pas. Le reproche adressé à Alain Badiou est, nous semble-t-il, encore plus erroné. Il est cependant utile de l'examiner car il avance un des sujets centraux du livre, à savoir, la notion de vérité qu'on peut exiger de la philosophie. Bouveresse écrit : « "Qui peut citer, s'est demandé Badiou, un seul énoncé *philosophique* dont il y ait sens à dire qu'il est *vrai* ?" Mais celui qui a lu Frege dira que, si  $p$  est une proposition de forme assertorique et s'il y a un sens à dire que  $p$ , il y a certainement aussi un sens à dire qu'il est vrai que  $p$  ou que  $p$  est vrai » (p. 137) Prudemment toujours, Bouveresse suggère que Badiou n'a pas lu Frege parce que... comment pourrait-il autrement ignorer que toute affirmation ayant du sens est vraie ou fautive ? La philosophie, disait-il, réclame un lecteur rigoureux. On peut être contre ce que pense Badiou, mais avoir bien compris ce qu'il dit nous semble une condition indispensable de toute critique. Il suffit de lire quelques pages du *Manifeste pour la philosophie* pour découvrir que Badiou pense que la tâche principale de la philosophie est d'établir un espace où l'on puisse unifier, accorder une place, entre autres, aux propositions assertoriques des sciences. C'est pourquoi il part de procédés — plus performatifs qu'assertoriques — qui « n'établisse[nt] aucune vérité, mais un endroit des vérités ». Il faut que tout énoncé philosophique ait du sens, mais il ne suffit pas d'avoir lu *Sens et dénotation* pour accepter que c'est pour cela qu'il doit être vrai ou faux. Badiou rappelle qu'il n'est pas nécessaire que tous les énoncés soient des propositions assertoriques, notamment ceux de la philosophie. Frege, à sa manière, ne l'ignorait pas non plus.

D'après Jacques Bouveresse, la vérité des énoncés philosophiques est du même genre que celle de toute affirmation. Il faudrait prendre au sérieux, écrit-il, le fait que les philosophes ont prétendu constamment énoncer des

vérités, au sens usuel du terme, et essayé non moins constamment de se réfuter les uns les autres. Faute de quoi, si l'on préfère des systèmes structuraux, des projets comme celui de Deleuze, on ne rendra pas justice « à l'aspect propositionnel et assertorique (celui qui correspond à la formulation et à l'adoption de croyances qui sont supposées être vraies) que semble devoir comporter nécessairement aussi toute philosophie digne de ce nom ».

Les philosophes ont toujours proposé leurs théories comme si elles pouvaient être vraies ou fausses. Nous, nous pouvons nous entêter à croire qu'elles n'ont en réalité, ni la forme, ni la signification attribuées par leurs auteurs — nous risquerons alors d'admettre qu'elles n'en ont aucune — ou bien accepter la façon dont elles se présentent et continuer de nous demander si elles sont vraies ou fausses. Bouveresse n'a aucun doute et préfère la dernière option. Si l'on renonce complètement à employer la notion de vérité en philosophie, alors il semble difficile de conserver non seulement la notion de connaissance, mais aussi celle de croyance. Car, dit-il, la moindre des choses que l'on peut demander au philosophe, c'est de croire ce qu'il affirme. Étant donné que *croire que p* signifie *accepter comme vraie la proposition p*, il faut, par conséquent, admettre que si les philosophes croient en leurs propositions, alors celles-ci peuvent être vraies ou fausses, de même que n'importe quelles autres. Une thèse puissante sur la vérité de la philosophie va souvent de pair avec une position réaliste. C'est le cas de Bouveresse. Si le plus grand problème de la philosophie est aujourd'hui de savoir si Kant ou Darwin — Kant signifiant pour Bouveresse un monde dont la réalité relève de notre connaissance, et Darwin un mode de connaissance qui s'ensuit du monde — alors la réponse est *Ni Kant, ni Darwin*, car il s'agit de parler d'un monde indépendant de notre esprit, et de le faire sans réduire la vérité des énoncés à une simple utilité adaptative :

Ni Kant, si l'on pense que l'auteur de la Critique de la raison pure n'est parvenu à résoudre son problème qu'en acceptant l'idée suspecte et même difficilement compréhensible, en tout cas pour moi, d'une dépendance fondamentale de la réalité (pour autant, du moins, que nous pouvons parler d'elle comme d'une chose que nous connaissons) par rapport à l'esprit, ni Darwin, si l'on pense qu'il pourrait nous obliger à remplacer cette idée par celle d'une dépendance de la réalité par rapport aux besoins et aux intérêts de l'espèce animale particulière que nous sommes (p. 186).

Le pragmatisme qui découle du darwinisme est tout à fait contesté. Bouveresse refuse la socialisation de la vérité, le pragmatisme à la Richard Rorty, l'idée que la vérité n'est que l'expression des intérêts pratiques d'une communauté donnée. Il refuse tout affaiblissement du concept rigoureux de vérité. Un concept que quelques pragmatistes, par exemple Peirce, ont

soutenu. Bouveresse préfère les déclarations de ce dernier — « la science pure n'a strictement rien à voir avec l'action » — qui pense que la recherche de la vérité est la principale motivation du scientifique et du philosophe, restant étranger à la défense des intérêts de la société ou de la production d'une meilleure forme de coexistence.

Le livre s'achève par l'annonce du cours et du séminaire qu'en tant que professeur du Collège, Bouveresse devait tenir et diriger cette année-là. *Sens et non-sens* fut le titre du premier, consacré à la question du non-sens : qu'est-ce que c'est ? Comment est-il possible ? Bouveresse étudia aussi bien les théories de Frege et Wittgenstein pour lesquels une pensée illogique n'est pas une pensée mais une non-pensée, un non-sens, que les conséquences de tels questionnements. Le séminaire poursuit ses enquêtes sur les problèmes de la philosophie de la perception. Beaucoup des auteurs évoqués dans les pages de ce livre — Frege, Bolzano, Gödel, Brentano, Leibniz, Boltzmann (ce dernier auquel il consacra plus de trois leçons) — seront les piliers futurs de sa doctrine. Pendant les quinze années suivantes, Bouveresse a suivi le chemin ici emprunté, au cours duquel de nombreux problèmes annoncés dans *La demande philosophique* (l'essence d'un système philosophie, le rapport entre la philosophie, la mathématique et la logique, la réalité et sa perception...) seront développés.

**Ramón Macho Román**

**335**